

## El Ciclista Fantasma

---

Consultando las notas que me sirven para escribir todos estos capítulos de la interesante historia de Sherlock Holmes, veo que el día de nuestro conocimiento con la señorita Violet Smith fue el sábado 23 de abril de 1885.

Recuerdo que su primera visita molestó no poco a Sherlock Holmes, que andaba por aquellos días muy metido en cierto caso de chantaje contra John Vincent Harden, el conocidísimo fabricante de tabacos.

Sin embargo, y a pesar de sus deseos de que no se le interrumpiera en lo más mínimo cuando estaba consagrado a la resolución de algún problema, no pudo negarse a oír a la esbelta y elegante joven que se presentó cierta tarde en Baker Street. En vano se le hizo ver que Holmes tenía todo el tiempo ocupado y aun le faltaba; ella no cejó y se empeñó en contar sus aventuras. Holmes inclinó la cabeza, hizo un gesto de resignación y, metiéndose las manos en los bolsillos, se dispuso a escuchar.

—Deseo pedirle consejos acerca de una cosa que me preocupa muchísimo —empezó la joven.

—No será respecto de su salud; una ciclista tan decidida como usted no debe estar anémica.

Ella se miró asombrada los pies y yo me fijé también en que las suelas de los zapatos llevaban las señales producidas por el roce del pedal.

—Ha acertado. Empleo mucho la bicicleta, y este deporte u obligación mía está íntimamente unido con el asunto de que quisiera hablar.

—¿Me permite? —solicitó Holmes.

Y cogiéndole la mano libre del guante, se puso a examinarla con tanta atención como la que pondría un geólogo examinando un fósil.

—Esto también forma parte de mi oficio —añadió sonriendo y abandonando la mano—. Al principio creí que era usted dactilógrafa; pero luego comprendí que era música. Fíjese, Watson, cómo tiene aplastada la extremidad de los dedos, y esto unido a la extraordinaria vivacidad del rostro, me ha hecho saber que la señorita es muy aficionada a la música.

—Efectivamente, soy profesora de piano.

—El color de la cara me dice que vive en el campo. ¿Es así?

—Así es; vivo cerca de Farnham, a orillas del Surrey.

—¡Hermoso país! ¿Se acuerda, Watson? Allí tuvimos cierta aventura... Pero estamos perdiendo el tiempo lastimosamente. Tenga la bondad de hablar, señorita, y contarnos lo que le ha pasado.

Hubo una breve pausa; después, la señorita Violet Smith empezó su relato con mucha sangre fría:

—Yo, señor Holmes, soy huérfana de padre, quien murió hace un año, aproximadamente. Se llamaba James Smith y era director de orquesta en el Teatro Imperial. Al morir él quedamos mi madre y yo poco menos que en la miseria, pues el único pariente que teníamos, y que era un hermano de mi padre, partió muy joven para África y hacía veinticinco años que no sabíamos de él. Un día, recorriendo los anuncios del *Times* en busca de algo que nos interesara, vimos, llenas de asombro, nuestro nombre y unas señas a las cuales se nos rogaba que fuéramos para hablarnos de un asunto importante. Ya comprenderá que no vacilamos un segundo, y nos dirigimos a la casa del abogado que firmaba el anuncio. Al entrar

en su despacho nos encontramos con dos caballeros que nos presentó como los señores Carruthers y Woodley, quienes habían llegado del África hacía unos cuantos días. Nos dijeron que eran íntimos amigos de mi tío Ralph Smith, y que éste, al morir, completamente falto de recursos, en Johannesburgo, les rogó que buscaran a su familia y velaran por ella. Algo extraño nos pareció que mi tío se ocupara de nosotras en la hora de la muerte, no habiéndose ocupado durante su vida; pero el señor Carruthers nos dijo que mi tío, al enterarse por una casualidad de la muerte de nuestro padre, se consideró responsable de nuestro porvenir.

—Un momento, señorita —interrumpió Holmes—. ¿Cuándo tuvo lugar esa entrevista?

—En diciembre..., hace cuatro meses, aproximadamente.

—Está bien; continúe.

—Desde el primer momento me resultó profundamente antipático el señor Woodley. Su cara era roja e hinchada; sus bigotazos rabiosamente rubios, sus sienes hundidas y sus ojos fríos y crueles me impresionaron de tal modo, que volví la cara disgustada, pensando que Morton no vería con agrado mi amistad con semejante hombre.

—¡Ah! ¿De modo que *él* se llama *Morton*? —murmuró Holmes, sonriendo.

La muchacha se ruborizó un poco; luego se echó a reír.

—Sí; se llama Morton, es ingeniero electricista, y nos casaremos antes de terminar este año. Sin embargo, no se trata ahora de él, sino de los dos hombres que decían venir en nombre de mi tío. El señor Carruthers, al contrario de Woodley, me resultó una persona muy simpática y correcta. Llevaba el pálido rostro completamente afeitado, no hablaba casi nada, y por sus labios vagaba una tenue y constante sonrisa de bondad.

”Nos preguntó por nuestra situación, y al contestarle nosotras francamente, me propuso una colocación en su casa, como profesora de piano de su hija. Yo puse el reparo que no quería separarme de mi madre, y entonces él me dijo que podría pasar con ella los domingos, y que me daría cien libras esterlinas de sueldo. Acepté, y al día siguiente fui a Chiltern Grange, situada a seis millas, aproximadamente, de Farnham. El señor Carruthers es viudo, y la casa corre a cargo de la señorita Diskson, un ama de gobierno sexagenaria y muy bondadosa. En cuanto a la hija del señor Carruthers, es una encantadora niña de unos diez años, muy fácil de convencer y muy cariñosa. Realmente, yo estaba muy satisfecha con mi colocación; las semanas se me pasaban sin sentir, y me dolía que llegaran los sábados, días en que yo salía camino de Londres para pasar el domingo con mi madre.

”La primera nube apareció con la llegada a Chiltern Grange del señor Woodley. El hombre de los bigotes rubios pasó con nosotros una semana, que me pareció durar tres meses. Resultó antipático a todo el mundo, especialmente a mí. Me acosó, obstinada, brutalmente, abofeteándome con sus millones y asegurándome que si me casaba con él tendría las mejores alhajas del mundo. Una tarde, poco tiempo después de la comida, y cuando le aseguraba por enésima vez que nunca sería suya y que no quería tener nada de común con él, me cogió entre sus brazos, jurando que no me soltaría hasta que le diera un beso. A mis gritos acudió el señor Carruthers, y criticándole su conducta, nos separó. Woodley se precipitó sobre su amigo y lo hirió de un puñetazo en el rostro. Como usted comprenderá, este incidente apresuró su partida, y a la mañana siguiente el señor Carruthers me rogó que estuviera tranquila, que mientras él pudiera evitarlo no volvería a sufrir un insulto semejante.

Desde entonces no he visto al señor Woodley.

”Y ahora, señor Holmes, llegamos a la parte más interesante de mi narración y a los hechos que han motivado mi visita.

”Todos los sábados voy en bicicleta desde Chiltern Grange hasta la estación de Farnham, para tomar el tren que sale a las veintidós. En el camino no encuentro casi nunca a nadie, y esta soledad es verdaderamente terrible durante un largo espacio de terreno (una milla, aproximadamente): a la derecha, la desolación de la llanura, y los bosques de Charlington Hall a la izquierda. Hace quince días, al pasar por este sitio, volví casualmente la cabeza; a unas doscientas yardas de distancia vi a un hombre montado en bicicleta. Me pareció de alguna edad y observé que tenía barba negra. Antes de llegar a Farnham volví por segunda vez la cabeza, y ya el ciclista había desaparecido. No me acordé más de ello. Pero ¡imagínese cuál sería mi sorpresa cuando el lunes siguiente, al volver a Chiltern Grange, me encontré al mismo individuo y en el mismo sitio que el sábado! Mi asombro creció al ver que el sábado y el lunes de la semana siguiente se repetía el mismo hecho. Realmente, la conducta del ciclista no podía ser más correcta; permanecía siempre a igual distancia y nunca me dijo lo más mínimo. Sin embargo, yo estaba preocupada y llena de inquietud, y puse al corriente al señor Carruthers de lo que sucedía; él me contestó que ya tenía encargado a Londres un coche y un caballo, para evitarme pasar por aquel sitio tan solitario.

”El coche debía llegar esta semana, precisamente; pero en virtud de no sé qué contratiempo, no llegó, y esta mañana no tuve más remedio que montar en la bicicleta y atravesar el camino, tan solitario como en días anteriores. Ya comprenderá con qué curiosidad llegué a la parte de la llanura y del bosque. Allí estaba: y siempre a la misma distancia, me siguió el misterioso

ciclista. Vestía un traje oscuro y una gorrilla escocesa; en cuanto al rostro, no pude ver más que la barba negra.

—Una vez pasado el temor quedó la curiosidad, y acorté la marcha; él acortó la suya; yo me detuve; él se detuvo. Entonces se me ocurrió hacerle una jugarreta: cerca de donde estaba daba vuelta el camino; pedaleé con fuerza, y al doblar la esquina me detuve, esperando que, llevado de su impulso, pasara por delante de mí. Pero después de esperar un rato, me convencí de que no había seguido mi ejemplo; volví atrás y quedé asombrada. En toda la extensión del camino no se veía un alma”.

—¿Hay algún sendero transversal? —preguntó Holmes.

—No, ninguno. Diríase que se lo había tragado la tierra.

Holmes sonrió, y frotándose las manos, dijo:

—No está mal, no está mal. Me va interesando el asunto.

—¿Cuánto tiempo transcurrió mientras estuvo usted en acecho?

—Dos o tres minutos.

—¿Y no pudo ocultarse en algún sitio ni volver hacia atrás?

—No.

—¿Y está segura de que no tomó a través de la llanura?

—Segurísima.

—Entonces resulta indudable que siguió la dirección de Charlington Hall.

—Tal creo, señor Holmes; y ahora que lo sabe todo, espero que me ilumine y me aconseje en este conflicto.

Holmes permaneció callado unos segundos.

—¿Dónde vive su novio?, —dijo, levantando la cabeza.

—En Coventry, y está empleado en la Compañía Eléctrica de Midland.

—¿Y no será él que intenta hacerle alguna broma?

—¿Me cree tan torpe que no había de reconocerle?

—¿Tiene más pretendientes?

—Antes de conocer a Morton tuve muchos.

—¿Y después?

Las mejillas de la señorita Smith se colorearon ligeramente.

—¿Y después? —repitió Holmes.

—Voy a serle franca. Tal vez me equivoque, pero me parece que el señor Carruthers siente cierta inclinación por mí. Estamos todo el día juntos y por la noche nos deleitamos con el piano. Bien es verdad que él no me ha dicho nunca lo más mínimo, porque es un perfecto caballero; pero hay ciertas cosas que no pasan inadvertidas a una mujer.

La seriedad y el aspecto reflexivo de Holmes aumentaron.

—¿Y está en buena posición el señor Carruthers?

—Sí; es rico.

—Sin embargo, a pesar de esa riqueza, no tiene coche ni caballos.

—No importa; eso es un simple detalle; pero el aspecto general de la casa, su modo de vivir, sus gustos, todo indica una buena posición.

—¿Sale mucho de casa?

—No; únicamente dos veces a la semana va a la City, porque es accionista de las minas del África del Sur.

—Está bien —dijo Holmes levantándose—. Téngame al corriente, señorita, de todo lo que ocurra. Aunque estoy ocupadísimo estos días, procuraré hacer tiempo para emplearlo en usted. Mientras tanto, no haga nada sin prevenírmelo antes.

—Pierda cuidado, señor Holmes; le estoy muy agradecida.

—De nada, señorita; espero que nos hemos de ver pronto, y no por malas noticias.

La señorita Violet Smith salió del cuarto.

—Es muy lógico que una muchacha de su edad y de sus condiciones tenga individuos que vayan detrás de ella —dijo Holmes, encendiendo tranquilamente la pipa—. Pero no es tan

lógico que la sigan en bicicleta por caminos solitarios y en la forma que lo hace ese misterioso enamorado. Como ve, amigo Watson, se trata de un caso muy curioso.

—En efecto, es muy extraordinario.

—Ahora necesitamos saber quiénes son los habitantes de Charlington Hall, y cómo Carruthers y Woodley, que parecen ser tan diferentes, tienen tan íntimas relaciones, puesto que los dos aparentaron igual interés por la suerte de la señorita Smith y, por último, qué motivo hay para pagar a una profesora de piano doble sueldo que el corriente, y, en cambio, carecer de un mísero carricoche para conducirla a la estación. Eso es raro, Watson, muy raro.

—¿Va a ir allá?

—No, querido. Irá usted. Tal vez no sea más que una intriga insignificante, y me haría muy poca gracia abandonar trabajos serios por una tontería. Pasado mañana lunes irá muy temprano a Farnham, se ocultará en cualquier sitio, observará y hará lo que le parezca conveniente, y luego venga a contármelo. ¿Está conforme?

—Conforme —contesté, algo orgulloso por su confianza en mí.

\*\*\*

Al lunes siguiente salí de Waterloo en el tren de las nueve y trece, es decir, treinta y siete minutos antes que la señorita Smith. Una vez en la estación de Farnham, no me fue muy difícil hallar el sitio misterioso. El camino, según nos había dicho la joven, dejaba a un lado la llanura y al otro un alto y áspero matorral, detrás del cual se erguían árboles seculares y blanqueaba un viejo palacio cubierto de musgo y de emblemas heráldicos. Aparte la entrada principal, observé que aquella especie de seto o vallado salvaje estaba roto en muchos sitios y que al pie de la rotura nacían caminejos y senderillos.

En la llanura florecían las aulagas y un sol primaveral vertía sus rayos débiles aún. Yo me escondí detrás de unas matas, en el sitio en que pudiera observar al mismo tiempo la entrada del castillo y una larga cinta de carretera. Al poco rato apareció un ciclista que venía en dirección de Farnham. Vestía de oscuro y tenía la barba negra. Al llegar frente a Charlington saltó al suelo y se internó entre la maleza.

Al poco rato vi una ciclista que venía en dirección contraria. Era la señorita Smith. Al pasar junto a Charlington miró con ojos curiosos; cuando ya estaba un poco lejos, salió el otro individuo de su escondite, montó en la máquina y echó a correr detrás de la profesora de piano. Eran las dos únicas personas que había entonces en la carretera. La esbelta silueta de la muchacha, muy erguida en su silla, se destacaba claramente, mientras que el hombre se inclinaba sobre el manubrio como temiendo ser conocido. Ella volvió la vista y acortó la velocidad; él hizo lo mismo; ella se paró; él se paró también.

De pronto, ella hizo un movimiento tan rápido como ingenioso. Dio una vuelta y vino velozmente sobre su perseguidor; pero éste fue tan rápido como ella y corrió también. La señorita Smith no tardó en cambiar de dirección con un gesto desdeñoso y altivo y siguió su camino, escoltada siempre por su extraño cortejo. Al poco rato los vi desaparecer en un recodo del camino.

Permanecí todavía un poco en mi escondite y no tuve por qué quejarme de ello, pues pasados unos minutos vi de nuevo al ciclista que volvía lentamente. Entró en el jardín por la puerta principal y echó pie a tierra. Lo vi levantar los brazos, sin duda para arreglar la corbata, y volviendo a montar la bicicleta, se dirigió hacia el castillo. Salí corriendo de mi escondite y miré por los espesos árboles: ya no vi nada.

Ya en Londres, me dirigí a la importantísima agencia de Pall

Mall. El jefe de la oficina me recibió muy cortésmente y me dijo que si pensaba alquilar Charlington Hall llegaba demasiado tarde, pues hacía un mes que lo había alquilado el señor Williamson y haciéndome una inclinación de cabeza, me despidió sin decir una sola palabra más.

Sherlock Holmes escuchó atentamente el resultado de mis pesquisas, y con gran asombro mío, en vez de las calurosas felicitaciones que esperaba, se puso más serio que de costumbre y empezó a discutir lo que llamaba mis torpezas y mis olvidos.

—Elegió muy mal escondite, amigo Watson. Debió ocultarse en la maleza que rodea el castillo, porque de ese modo hubiera podido ver de cerca al individuo, y no como ahora, que sus datos son exactamente iguales que los de la señorita Smith. Ella afirma no conocerle, y yo creo todo lo contrario, porque si no, no tendría razón de ser este temor suyo de que le vea la cara, según confirma ese detalle de inclinarse demasiado sobre el manubrio. Veo, amigo Watson, que ha estado usted muy torpe. ¿A quién demonios se le ocurre venir a una agencia de Londres para averiguar datos de un individuo que se pierde en el jardín de Charlington Hall?

—¿Pues qué iba a hacer? —contesté malhumorado.

—Ir a la taberna o la posada más próxima, que seguramente será el nido de los comadreo e indiscreciones del contorno. Allí hubiera sabido todos los nombres, desde el del amo hasta el del último criado. El nombre de Williamson no dice nada. En suma, ¿qué hemos conseguido con sus observaciones? ¿Una ratificación de lo dicho por la señorita Smith? ¿Maldita la falta que hacía! ¿Que el misterioso ciclista no es extraño al castillo? Eso ya lo sabíamos.

—¡Lo sabía usted! —repliqué secamente.

—Sí, lo sabía; mejor dicho, estaba casi seguro de ello. Pero

no ponga esa cara, amigo Watson. Otras veces ha acertado. Dejemos este asunto por ahora, puesto que no podemos hacer nada hasta el próximo lunes.

Al día siguiente recibimos una carta de la señorita Smith contando breve y exactamente los acontecimientos que yo había presenciado, al final de ella había una posdata llena de interés:

*Voy a hacerle una confidencia, en la seguridad, señor Holmes, de que usted no quebrantará el secreto. Mi posición aquí es ahora muy delicada, pues el señor Carruthers se me ha declarado hoy mismo, pidiéndome mi mano. Comprendo la sinceridad y honradez de sus sentimientos; pero no puedo aceptar: como usted sabe, mi corazón es de otro. Ya comprenderá lo violento de la situación de ahora en adelante.*

—Decididamente esto se complica —murmuró Holmes, después de leer la carta con aire pensativo—. El asunto toma mayor interés cada vez, y me parece que voy a pasar un día en el campo, a gozar de la primavera y del aire libre. Serán unas cuantas horas de tranquilidad.

Las horas campestres y tranquilas terminaron de muy mala manera para Holmes. Volvió a Baker Street muy tarde, con un labio roto, un enorme chichón en la frente, y con un aspecto tan desastroso, que si lo encuentra algún policía no lo hubiera pasado muy bien. Sin embargo, parecía muy satisfecho, y entre carcajadas me contó sus aventuras:

—Lo primero que hice fue buscar la posada de que le hablé, y que inevitablemente tenía que existir. Una vez dentro de ella, empecé mis averiguaciones. Convidé una copa al posadero, y éste, que resultó un gran parlanchín, me puso al corriente de todo. Según parece, Williamson es un viejo de barba blanca,

que no tiene familia alguna y vive en el castillo sólo con tres o cuatro criados. La gente dice que ha sido o es pastor protestante. El posadero me dijo también que todos los sábados entraban en el castillo muchos individuos, y especialmente un tal Woodley, que iba siempre con él. Estábamos en esta conversación, cuando un hombre de bigotes rubios se nos acercó, preguntando quién era yo, qué quería y por qué me interesaba por tales historias. Ya me disponía yo a contestarle, cuando me vi brutalmente sorprendido por una bofetada, con la cual terminó el individuo su exabrupto. Yo le contesté como se merecía, y a los pocos minutos la posada fue teatro de una homérica lucha. A mi adversario creo que se lo llevaron en una carreta; yo, ya ve como estoy. Pero, sin embargo, debo confesar que, a pesar de estos amenos entretenimientos, no he conseguido con mi visita mucho más que usted con la suya.

\*\*\*

El jueves recibimos la siguiente carta de la señorita Smith:

*Voy a darle, señor Holmes, una noticia que tal vez le sorprenda. El sábado saldré de esta casa para no volver más. No obstante la corrección y el fino trato del señor Carruthers, mi situación aquí se ha hecho insostenible. Todo parece completamente arreglado, hasta los peligros de una caminata en bicicleta, puesto que el señor Carruthers ha recibido ya el coche. Además, tal vez continuara y procuraríamos, Carruthers y yo, olvidar lo ocurrido, a no ser por la vuelta del señor Woodley y su presencia constante en esta casa. Ya en esto no puedo transigir. Siempre me resulta antipático; pero ahora, en virtud de no sé qué accidente, que le ha deshecho la cara, está verdaderamente repulsivo. Debe vivir en las cercanías, porque lo veo muy de mañana rondar la casa. Yo preferiría mil veces más*

*encontrarme con una fiera que con este hombre odioso. Menos mal que ya me quedan pocos días de sufrimiento. El sábado, Dios mediante, lo perderé de vista.*

—¡Ojalá!—exclamó Holmes gravemente, al terminar la lectura—. Existe en torno de esta muchacha una conspiración misteriosa, la cual tenemos el deber de contrarrestar. Debemos velar por ella en su último viaje. Por lo tanto, el sábado por la mañana, temprano, saldremos para Farnham.

Así lo hicimos, y no pude reprimir un estremecimiento de angustia al ver que Holmes, serio y preocupado, se guardó antes de salir de casa un revólver en el bolsillo.

Había llovido la noche anterior, y por ello las plantas y los árboles aparecieron más lozanos a nuestros ojos, hechos a mirar las nieblas de Londres. Holmes y yo andábamos lentamente, respirando a pulmón lleno la frescura de la mañana, y recreábamos nuestros oídos con la gritería de los pájaros y la suave y odorante canción de las ramas, mecidas por un viento mansurrrón. A la izquierda, surgiendo de las copas de los robles y de las encinas, triunfaba la piedra gris del castillo. A la derecha se extendía la parda llanura.

De pronto Holmes se detuvo, y con el brazo rígido marcó un punto en la lejanía. En la cinta amarillenta del camino se veía la mancha de un carruaje que venía hacia nosotros rápidamente.

—O he calculado mal—dijo Sherlock, con un gesto de impaciente disgusto—o ha salido antes de la hora. De todas maneras, mucho me temo que lleguemos antes de pasar el coche por Charlington.

Y dichas estas palabras, echó a correr. Yo lo seguí y entonces comprendí la elasticidad de sus piernas y la torpeza de las mías. Pronto me quedé atrás, y ya me disponía a gritarle que me

esperase, cuando lo vi detenerse y alzar los brazos al cielo con un ademán de desesperación. Al mismo tiempo vi que el coche venía hacia nosotros arrastrado por el caballo desbocado; las riendas se deslizaban por el suelo, los asientos estaban vacíos, el pescante también.

—¡Demasiado tarde, Watson! —gritó Holmes al llegar yo junto a él, sudoroso y jadeante—. ¡He sido un imbécil! Se trataba de un rapto, de un asesinato quizá. Venga, vamos a detener el caballo. ¡Por aquí! ¡Eh! ¡Cuidado! ¡Así! ¡Ajajá! ¡Suba, suba pronto! ¿Estamos ya? Andando.

Ya dentro del coche, Holmes dio un fustazo al caballo y seguimos la carretera. Al dar la vuelta cogí del brazo a Holmes:

—¡Mire! ¡Ahí está el ciclista!

Efectivamente. Hacia nosotros venía un individuo montado en bicicleta pedaleando con furia. De pronto levantó la cabeza y nos vio. Entonces paró en seco y saltó a tierra. Su barba negra como el ébano formaba rudo y extraño contraste con la palidez del rostro y los ojos brillantes de fiebre.

—¡Alto! —gritó colocándose con su máquina en medio de la carretera—. ¿Dónde han cogido ustedes ese coche?

—¡Paso! —dije.

—¡Alto, he dicho! —rugió, sacando su revólver y apuntándonos—. ¡Si dan un paso más, empiezo a tiros!

Holmes dejó las riendas y saltó al suelo.

—En su busca íbamos. ¿Dónde está la señorita Smith? —dijo con su tranquilidad característica.

—¡Eso lo pregunto yo! —contestó el desconocido—. Ustedes, que vienen en su coche, deben saberlo.

—No; nosotros hemos encontrado este coche vacío y nos hemos apoderado de él para llegar antes y poder salvar a esa joven.

El desconocido se llevó las manos a la cabeza.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —exclamó—. ¿Qué habrá sido de ella? Ese canalla de Woodley y ese pastor indigno me la han robado. ¡Ah! ¡Ya sé! ¡Vengan, vengan conmigo! Les juro que la salvaremos aunque tenga que dejar mi piel entre sus manos.

Y echó a correr, siempre con el revólver empuñado, hacia los matorrales que cercaban el castillo. Holmes corrió tras de él, y yo, abandonando el coche en medio de la carretera, seguí a Holmes.

Así, uno detrás de otro, atravesamos las zarzas y seguimos un estrecho sendero.

—Por aquí han pasado. Miren sus huellas —dijo el desconocido, señalando el suelo fangoso—. Pero, ¡calla! ¿Qué hay allí?

Era el cuerpo de un jovencillo vestido de lacayo, con polainas de cuero. Yacía de espaldas, con la cabeza rota; un charco de sangre le iba empapando poco a poco el cabello. Lo examiné rápidamente y vi que, por fortuna, no estaba comprometido el hueso.

—¿Qué? ¿Es grave? —preguntó Holmes.

—No; será cosa de unos cuantos días.

—¡Pobrecillo! —exclamó el desconocido—. Es John. Los canallas lo han herido para poder obrar a su gusto.

Y luego, pateando de impaciencia:

—Pero vamos; ya volveremos por él. Los minutos son preciosos. Tal vez lleguemos a tiempo.

Echamos a correr de nuevo. Estábamos ya cerca de la casa, cuando Holmes se detuvo.

—¡Eh! Por aquí han torcido. ¿No lo dije?

En aquel momento, un desgarrador grito de mujer se extendió por el bosque. Luego se oyeron gemidos detrás de un matorral próximo.

—¡Por aquí!, ¡por aquí! —gritó el desconocido—. Sígueme, señores. ¡Cobardes! ¡Canallas!...

Llegamos a una plazoleta formada por altos y añosos árboles. Al pie de un roble desfallecía, amordazada, la señorita Smith junto a ella un hombre de bigotes rubios agitaba triunfalmente un látigo. Entre los dos había otro hombre, ya viejo, de barba gris y con un paño blanco sobre el traje de americana. Indudablemente acababa de verificarse una ceremonia religiosa, porque en el momento de llegar nosotros se guardaba en el bolsillo un libro de oraciones y con la otra mano le daba golpecitos en la espalda a su compañero, como felicitándole.

—¡Se han casado! —grité.

Nuestro guía no contestó y siguió corriendo. Holmes también siguió corriendo, y yo hice lo mismo.

Al acercarnos al grupo, Williamson nos saludó con burlesca cortesía, y Woodley se adelantó hacia nosotros sonriendo ferocemente, y dijo:

—Vaya, quítese esa barba, Bob. Le hemos reconocido. Veo que llegan a tiempo, señores, para que tenga el gusto de presentarles a la señora Woodley.

La contestación de nuestro guía no se hizo esperar mucho. Se arrancó la barba postiza y la tiró al suelo, dejando ver un rostro completamente afeitado; luego levantó el brazo y apuntó con el revólver a Woodley, diciendo:

—Sí; yo soy Bob Carruthers y, por lo mismo, sabes que cumplo lo que prometo. Esa mujer...

—Llegas tarde. Esa mujer ya es mi esposa.

—¡No! ¡Tu viuda!

Salió el tiro. En el chaleco de Woodley punteó la sangre y dos segundos después el raptor dio una vuelta sobre los talones, se llevó las manos al pecho y cayó de espaldas. El sacerdote lanzó una blasfemia, y sacando un revólver intentó disparar; pero Holmes se precipitó sobre él y se lo arrancó, diciendo fríamente:

—¡Basta ya! Tome, Watson, guárdeme esa arma. Y usted, señor Carruthers, déme la suya. ¡Basta de violencias! ¡Vamos!

—Pero, ¿quién es usted?

—Sherlock Holmes.

—¡Gran Dios!

—Celebro que haya oído hablar de mí. Eso le hará ver que hasta la llegada de la policía represento la ley. ¡Eh! ¡Venga acá!

—continuó, dirigiéndose a un criado que asomó su cara llena de terror entre los árboles—. Va a llevar esta carta inmediatamente a Farnham.

Y sacando un cuaderno del bolsillo escribió unas líneas apresuradamente, arrancó la hoja y se la dio al criado, diciendo:

—Se la entregará usted al comisario de policía.

El criado desapareció entre los árboles, y Holmes, con voz enérgica, continuó, volviéndose hacia nosotros:

—¡Todos detenidos!

Ante aquella actitud de hombre fuerte y seguro de sí mismo, nos sentimos dominados y sin voluntad. Williamson y Carruthers condujeron al herido hasta la casa, y yo ofrecí el brazo a la aterrada joven. Acostamos al herido, examinándolo yo por encargo de Sherlock Holmes, mientras mi amigo esperaba en el comedor, acompañado de los detenidos, el resultado del reconocimiento.

Cuando entré en el comedor dije lacónicamente:

—¡Vivirá!

Carruthers saltó del asiento.

—¡Que vivirá! —exclamó—. ¿Dice usted que vivirá? ¡De ningún modo! Ahora mismo subo y lo remato. ¡No faltaba más sino que este ángel estuviera unida para siempre a ese canalla!

Holmes lo sujetó:

—No se apresure. Hay dos condiciones indispensables para

la validez de un matrimonio, y me parece que una de ellas no se ha cumplido.

En los labios de Williamson vagó una sonrisa irónica.

—¿Cuál?

—La de que tenga usted derecho a bendecir una boda.

El bandido se encogió de hombros:

—Hace mucho tiempo que recibí las órdenes.

—Sí, pero luego lo descalificaron.

—¡No importa!

—¡Sí que importa! Pero, en fin, eso es lo de menos. Falta el consentimiento de la mujer, y eso usted no lo ha obtenido.

—¿Cómo que no?

—Claro que no. Ha cometido usted una falta castigada en el Código con lo menos diez años de prisión. En cuanto a usted, señor Carruthers, creo que hubiera obrado más cuerdamente no habiendo hecho uso del revólver.

—Tal vez, señor Holmes; pero cuando vi que, a pesar de todas las precauciones que tomé para salvar a esta mujer adorada (porque yo la amo, señor Holmes, la amo como no creí que se pudiera amar nunca) de las manos de ese Woodley, el más infame bandido de África; cuando vi que, a pesar de todas las precauciones, no había conseguido nada, perdí la cabeza y disparé... No lo querrá creer, señor Holmes, pero esa mujer me ha regenerado. Desde que entró en mi casa ya no pensé más que en ella, y siempre que salía, yo me ponía una barba postiza y la seguía a distancia para evitarle cualquier contratiempo al pasar por delante de este castillo, donde acechaban estos dos bandidos.

—¿Y por qué no la advirtió del peligro que corría?

—Porque se hubiera marchado en seguida de casa, y no podía vivir sin verla. Aunque no me amara, me bastaba sentirla cerca de mí, y oír el sonido de su voz, y ver brillar sus ojos y reír su boca

—¡Pero eso —exclamé— no es amor, sino egoísmo!

—Es posible. Yo creo que en el fondo del corazón estos dos sentimientos se dan la mano. Pero, en fin, sea como fuere, el caso es que yo no me resignaba a dejarla entregada a sí misma, persiguiéndola como lo hacían estos dos canallas. Sobre todo, cuando llegó el telegrama.

—¿Qué telegrama?

Carruthers se llevó la mano al bolsillo y sacó un papel azul.

—Este.

Holmes lo cogió y leyó en voz alta:

—“El viejo ha muerto”. ¡El viejo ha muerto! —repitió—. Ahora lo he comprendido todo. Todo se presenta claro ante mi vista... Sin embargo, ¿quiere ayudarme diciéndome lo que sepa?

Williamson lanzó una blasfemia.

—¡Cuidado, Bob Carruthers! Como digas lo más mínimo respecto de nosotros, te va a costar muy caro. Puedes decir cuanto quieras de tu romanticismo con esa mujer, pero sin hablar de nosotros, porque me parece que vas a correr la suerte de Woodley.

—No se incomode Vuestra Reverencia —dijo Holmes, encendiendo tranquilamente un cigarrillo—. El asunto de ustedes es de los más claros que he conocido, y si pido la ayuda de Carruthers no es más que para algunos simples detalles. No obstante, si se pone tonto, yo seré el que cuente la historia, y les convenceré de que conozco todos sus secretos. Por de pronto, sé que Woodley, Carruthers y usted vinieron de África con un objeto determinado.

—¡Mentira! Yo no había visto en mi vida a estos dos hombres, y no he estado nunca en África.

—Tiene razón —murmuró Carruthers.

—Bueno; convengamos en que no vinieron más que dos. Vuestra Reverencia no es, por lo tanto, artículo de importación.

Woodley y Carruthers conocieron en África a un tal Ralph Smith, hombre inmensamente rico, con vida para muy pocos años y una sobrina en Inglaterra que heredaría toda su fortuna. ¿No es eso?

Carruthers asintió con la cabeza, Williamson gruñó una blasfemia.

—Entonces —continuó Holmes— decidieron venir a Inglaterra y buscar a la sobrina de Ralph Smith; uno de ustedes se casaría con ella y partiría la herencia con el otro. Woodley, por una razón que ignoro, fue designado para marido.

—Lo jugamos a las cartas durante la travesía, y ganó él.

—Perfectamente. Llegaron a Londres, conocieron a la muchacha, y usted la empleó en su casa para que Woodley pudiera enamorarla. Pero ella no pudo acostumbrarse a ese hombre y lo rechazó cuantas veces se acercó hablándole de amores. Mientras tanto, usted se enamoró y pensó hacer lo posible por evitar que la señorita Smith fuera de ese bárbaro. ¿No fue así?

—Así fue.

—Riñó usted con Woodley y éste salió muy furioso de su casa para continuar sin usted la proyectada infamia.

—Me parece, Williamson —interrogó Carruthers con una amarga sonrisa—, que el señor Sherlock Holmes sabe tanto como nosotros. Tiene usted razón —continuó, volviéndose a Holmes—. Reñimos, me golpeó y lo perdí de vista durante algunos días. Entonces fue cuando se encontró a este granuja, y alquilaron juntos este castillo, que está cerca del camino que la señorita Smith tenía que seguir semanalmente para ir a la estación. Como continué en relaciones con ellos, estuve al corriente de algunas de sus ideas, y procuraba contrarrestarlas sin que ellos se enterasen. Hace dos días, Woodley vino a verme con el telegrama de la muerte de Smith y me preguntó si estaba dispuesto

a cumplir lo convenido. Yo le contesté negativamente. Entonces me propuso que fuera yo el que contrajera matrimonio, siempre que partiese con él la herencia.

—Desgraciadamente —le dije—, se lo propuse y no quiere.

—Eso no importa —contestó—; te casas a la fuerza y luego ya se acostumbrará.

—Me opuse rotundamente a ejercer la menor violencia contra la muchacha, y entonces él salió de casa vomitando injurias y amenazas. El sábado debía salir la muchacha de casa para no volver más, y a pesar de que iría en coche, yo no estaba muy tranquilo y decidí seguirla por última vez en bicicleta. Lo demás ya lo ha visto usted”.

Holmes se levantó, y tirando la colilla en el cinc de la chimenea, dijo:

—Confieso, Watson, que no he estado muy listo en esta ocasión. Cuando usted me dijo que el ciclista levantó los brazos para arreglarse la corbata, debí comprender que llevaba barba postiza. En fin, ya está todo descubierto y no falta más que... ¡Calla! Ahí vienen tres agentes, y el lacayo herido con ellos. Me felicito de que no haya habido ninguna muerte. ¿Quiere subir, Watson, a ver si la señorita Smith necesita algo y a decirle que tendremos mucho gusto en acompañarla hasta la casa de su madre?

\*\*\*

Voy a terminar.

La señorita Smith heredó una gran fortuna, y hoy día es la señora de Morton, el copropietario de la importante casa Morton y Kenedy, los famosos electricistas de Westminster.

Williamson y Woodley, acusados de raptó con violencia, fueron condenados a siete años de trabajos forzados, el primero,

y a diez el segundo. Respecto a Carruthers, no hemos vuelto a saber de él; pero estoy seguro de que se libró con unos cuantos meses de prisión únicamente.

## Los Monigotes

Hacía largo rato que Holmes estaba absorto en un experimento químico. En torno suyo se amontonaban las probetas, los alambiques, las retortas y otros mil cachivaches de cristal y metálicos, llenos de unos líquidos de diversas coloraciones y distintos olores.

Largo rato hacía también que yo lo miraba, y lo comparaba mentalmente con una colosal ave de rapiña, de ganchudo pico, de ojos brillantes y esquelético y negro cuerpo.

De pronto mi amigo levantó la cabeza y, mirándome fijamente, exclamó:

—De modo, amigo Watson, que no está usted completamente decidido.

—¿A qué?

—A invertir ese dinero en acciones sudafricanas.

Di un salto. A pesar de lo antiguo de nuestra amistad, de lo hecho que debía estar a tales sorpresas y alardes adivinatorios, confieso que me asombró tan exacto conocimiento de mi pensamiento en aquel instante.

—¿Quién se lo ha dicho? —pregunté, estupefacto.

Holmes dio la vuelta en el taburete, y con un tubo de ensayo en la mano se quedó mirándome. Por sus labios vagaba una sonrisa irónicamente burlona.

—Vaya, confiese, amigo Watson, que le ha sorprendido mi pregunta.

—Lo confieso.

Estoy a punto de exigirle por escrito esa confesión.